

PREGÓN DE MURCIA

GONZALO SOBEJANO

Resumen:

Pregón de la Feria de Murcia 2012, leído por Gonzalo Sobejano, hispanista, poeta y profesor, al recibir el Título de Hijo Predilecto de la Ciudad de Murcia, el día 31 de agosto de 2012, en el Salón de Plenos de la Casa Consistorial.

Palabras claves: Murcia, feria de septiembre, Virgen de la Fuensanta, romería, fiestas, toros, Andrés Sobejano.

Abstract:

The proclamation speech of the Murcia Festivals 2012, delivered Gonzalo Sobejano, hispanist, poet and professor, when receiving the Title of City of Murcia's favourite son, on the 31st of August 2012, in the Plenary Hall of the City Council.

Key words: Murcia, September Festival, Our Lady of Fuensanta, pilgrimage, fiestas, bullfights, Andrés Sobejano.

Encargado por el Ayuntamiento de esta ciudad, que me ha otorgado un título honroso, de decir el pregón de estas fiestas, he de confesar que soy lego en el género. Nunca tuve la oportunidad de componer un pregón, aunque sí elogios de un artista, de un escritor, o de un maestro: de su vida y de sus obras.

Por amabilidad de mis respetados ediles, sé que me precedieron en la anual tarea, en los últimos pasos, un religioso, un periodista y un diplomático.

No pretendo emular sus discursos precisos y amenos, pero me inclino a seguir su ejemplo en el sentido de marcar el signo personal del mensaje.

En los casos aludidos, ese signo era religioso, periodístico o diplomático, desde una común raíz murciana.

Desde esta misma raíz nativa, solo puedo yo enunciar el pregón como lo que soy: profesor de lengua y literatura españolas en nuestro país, en Alemania y en Estados Unidos a lo largo de mi carrera docente, y como poeta desde mi más temprana juventud hasta hoy.

Por esto, mi llamada, que os convoca a gozar de las fiestas de septiembre alrededor de su principal acontecimiento, la romería de la Virgen de la Fuensanta, y a vivir estas jornadas con entregada y resuelta alegría, va a girar en torno a la verdad bella de la naturaleza y de la poesía, desde la conciencia y la memoria de un murciano.

Lo soy (como de ordinario se dice) por los cuatro costados. De Murcia eran mis abuelos, José María Sobejano López, excelente pintor de tipos y paisajes urbanos y regionales, y Carmen Alcayna. De Murcia mis padres, Andrés Sobejano Alcayna, arqueólogo y poeta, humanista ejemplar, ciudadano eminente, y Rosario Esteve Mateos, criatura adorable. Y de Murcia mis hermanos y hermanas (la mayor se llamaba Fuensanta) y mis amigos de ayer y de ahora: estos sois todos vosotros, con quienes, en abrazo fraternal, me compenetro.

Si afirmo con orgullo mi condición de murciano, no es solo por haber nacido en esta ciudad, barrio de San Andrés, cerca de la capilla de la Virgen de la Arrixaca, a la que Alfonso X el Sabio dedicó una cantiga. El nacer en un lugar o en otro puede ser no pocas veces efecto del azar. Afirmo esa condición porque en Murcia viví la aurora de mi infancia y la primavera de la adolescencia, tiempos de crianza, de educación o formación.

Allá, por esos tiempos, fue posible para mí jugar con niños o muchachos de mi edad (hermanos, primos, compañeros) durante los años iniciales de la República, en un terrado bajo festoneado de macetas con geranios, albahaca y otras flores o plantas humildes, cuidadas por la madre. Y entre aquellos juegos o goces infantiles evoco el deleite de pasear, cogido de la mano de alguien, por los concurridos viales de una feria como la que mañana estrenará sus encantos (carrusel, columpios, caba-

litos, tiro al blanco) ante los ojos preciosos de vuestros niños, y aun de los vuestros, pues todos podemos volver a la niñez ilusionada si –al menos unos días– dejamos de lado la maldita crisis, el desempleo, los recortes, los despidos, los desahucios, el terremoto de Lorca, las sequías del Segura y otras calamidades, y nos juntamos en un voto de alegría, de una alegría tan necesaria al atribulado como el agua al sediento, la nube al hortelano o la paz al soldado.

Lo decía Cervantes:

horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descanse. Para este objeto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines.

De niño a muchacho viví en Murcia tiempos de dolor y de penuria. Dolor en la Guerra Civil del 36 al 39. Penuria en esos años y en los siguientes hasta principios de los 50.

Nuestra ciudad no sufrió durante la guerra ningún bombardeo, sí Cartagena, tan próxima. Pero, por solo referirme a estas fechas finales del verano, recuerdo que la Catedral era una cochera, y un colegio del Malecón había venido a ser un hospital de sangre, y el Santuario de la Fuensanta había sido un cuartel de brigadistas, vociferantes o mal hablados.

Cuando ahora participéis en la romería de la Virgen os invito, hermanos murcianos, a que penséis con gratitud en las personas de esta ciudad, de esta región, que venciendo arduos obstáculos, hicieron posible la restauración del Santuario en su hermosa figura definitiva, desde el cual ayer la imagen de la Fuensanta fue traída a esta Catedral.

Al evocar el tiempo de la Guerra Civil, no intento suscitar en nadie desánimo o tristeza. Mientras tantas y tantas familias, de un bando o de otro, padecían el siniestro que cualquier guerra significa, los que entonces éramos «zagales» ensayábamos otros juegos, y entre ellos uno que nos fascinaba: desde el terrado alto de la casa, o desde su torreta, a prueba de vértigo, lanzar al aire las «vilochas», luego de haber apañado, con tesón y escasos medios, los esbeltos cuerpos de estas cometas de papel, cañas y cuerdas, y, entonces ver cómo se levantaban y se alejaban las vilochas, por los tirones de nuestras manos, al fondo de la tarde.

Para mí Murcia era entonces, y sigue siendo hoy, el reino de la luz. Todos vemos las cosas –sus formas, su volumen– a la luz del sol, a la luz del día. A mí me parece que cuando vuelvo a Murcia, veo, toco, absorbo la luz misma, en su irradiación creadora.

Tampoco voy a olvidar, en esta ocasión, la fiesta de los toros. Mi padre, ni rojo ni azul, sino monárquico por haberse formado durante el reinado del último

Alfonso, abuelo de Juan Carlos y bisabuelo del futuro Felipe VI, pasó meses en la cárcel y quedó cesante en aquellos años de la guerra. Pero él había estudiado para sacerdote hasta el penúltimo año, y abandonó el Seminario de San Fulgencio porque estaba enamorado de una mujer: Rosario.

El cura malgrado se sentía a sí mismo como un torero impedido. Le hubiera gustado llegar a ser (como su ilustre amigo Manuel Machado), antes que poeta, «un buen banderillero».

Así es como mis hermanos y yo, año tras año de nuestro ayer lejano, a instancias de un «aficionado» tan constante y experto como don Andrés, nuestro progenitor, hubimos de asistir con él a numerosas corridas.

Se ha entablado hace poco una lidia, por decirlo en términos taurinos, o una polémica, entre partidarios de la fiesta y detractores de ella. Comprendo a unos y a otros, y no me lavaré las manos, como el juez de Cristo sangrante. Hay deportes más crueles que no ofrecen ni un asomo de belleza: el boxeo, las riñas de gallos, las guerras más o menos atómicas en Vietnam, Irak o Afganistán (por no aludir a más atrocidades).

Ojalá, en estos días de feria de septiembre, bravos espadas salgan en hombros de sus aficionados por la puerta de una de las más grandes y hermosas plazas de España.

Aludo a las corridas de toros porque sé que son uno de los espectáculos que hoy o mañana dan principio a los festejos, con otros que este Ayuntamiento ha preparado y que divulgarán las pantallas de televisión y las que ofrece la más reciente y mudadiza tecnología.

Gozad del júbilo de estos días como de un remanso de paz activa, de hermandad creciente, de poseída o prolongada juventud.

«Hasta la muerte todo es vida» dijo Sancho a Don Quijote; palabras que pueden parecer una simpleza, y para quien las repite son las más sabias y alentadoras que nunca leyó, que jamás oí.

Si he anunciado que solo podía emitir este pregón como profesor y poeta murciano, me gustaría terminarlo trayendo a la memoria los valores artísticos de esta ciudad, muy altos.

Murciano fue Salzillo, uno de los mejores imagineros españoles, autor de esculturas tan inolvidable como la Dolorosa, el Ángel del Huerto de Getsemaní o las que componen el paso procesional de la Santa Cena, y autor también del más bello belén o nacimiento que nuestro país conserva. Y murcianos fueron eminentes pintores: mi abuelo, Inocencio Medina Vera, Luis Garay, Pedro Flores y, entre otros, Ramón Gaya, que vivió su exilio republicano en México y, a su regreso, fundó el

Museo que lleva su nombre, en la recogida Plaza de Santa Catalina: un centro cultural radiante.

No trato de competir con una guía turística. Recomiendo a todos, sin embargo, el disfrute de la experiencia del arte que ofrece la ciudad: sus antiguas calles y callejas (la Platería, la Trapería, la Frenería), sus jardines (Santa Isabel, Floridablanca), la ya nombrada Plaza de Santa Catalina y la contigua Plaza de las Flores, donde con los aromas de ellas, al sol ligero de una mañana de abril o de octubre, podréis compartir con amigos la delicia de un pastel de carne hojaldrado (de la pastelería Bonache o del Horno de la Fuensanta) y el recuerdo conversado de personas con apellidos muy frecuentes en la ciudad: Abellán, Cánovas, Balibrea, Guillamón Meseguer, Garay, Ródenas, y tantos más.

Apellidos como estos abundan en algunas novelas de Miguel Espinosa, uno de los mejores novelistas del pasado siglo, como es también uno de los más claros poetas de este tiempo Francisco Sánchez Bautista: nacido este en Llano de Brujas y aquel en Caravaca, y ambos vecinos permanentes de la ciudad donde estamos. Eloy Sánchez Rosillo es poeta de sentimiento puro y acendrada palabra. Pedro García Montalvo, novelador hondamente ingenioso.

Y no olvidemos a Miguel Hernández, el valeroso poeta que luchó en la Guerra Civil con las armas y con su palabra ardiente. Orihuela, su ciudad natal, es por reparto administrativo, alicantina; pero, en geografía humana, responde a Murcia: la huerta, los naranjos, el río, el habla, el perfil de la villa y su población, todo es murciano, y el hombre Miguel Hernández, en sus venas y en sus versos, paisano nuestro.

Modestamente, os invito a conocer a estos escritores, no en medio de las fiestas venideras, pero tal vez cuando vayáis a saborear el recuerdo de haberlas vivido, acaso ya este otoño, tan cercano.

Volviendo a los apellidos más o menos murcianos y a algunos de sus portadores de mayor renombre, quiero notar que la Universidad nuestra, si en otros tiempos era una de las últimas de las ocho o nueve que entonces operaban, hoy es una de las más prestigiosas. Por lo que a mí concierne, fue la universidad donde profesó mi padre por más de cincuenta años, donde inicié yo mis estudios, y en la que, dentro del Departamento de Literatura Española, continúo disfrutando de la amistad de historiadores y críticos de obra por todos tan altamente valorada, dentro y fuera de España, como Javier Díez de Revenga, Mariano de Paco y Virtudes Serrano, César Oliva, José María Pozuelo, Ana Baquero Escudero, y otros, a los que agradezco en el alma su trato generoso.

El acontecimiento cardinal de estas fiestas de septiembre, en torno al cual giran los otros, es la romería de la Virgen de la Fuensanta. No voy a informaros

acerca de su despliegue: programas hay que la prensa periódica transmite, y con etérea celeridad, la televisión y el omnímodo internet.

Este reciente –o no ya tan reciente– servicio electrónico, a pesar de sus incessantes mudanzas me parece extraordinario y utilísimo, por más que deteste los superlativos: monísimo, riquísimo, generalísimo, santísimo. Pero ¡cuidado!, si nos prodiga comunicación nos quita soledad.

Uno de mis poetas preferidos, Antonio Machado, escribió estos versos:

Tengo a mis amigos
en mi soledad.
Cuando hablo con ellos
¡qué lejos están!

Como profesor de literatura, yo interpreto así estos versos:

Cuando estoy solo y recuerdo a mis amigos encuentro en ellos la verdad que el recuerdo mismo de sus personas me revela como su auténtico ser. Cuando hablo con ellos en conversación privada, en entrevista ocasional, en charlas o tertulias, las particulares circunstancias pueden y suelen enmarañar o desdibujar la imagen pura que de ellos, en la soledad, me había formado.

Pero no os fatigo más.

Termino con unas memorias de Andrés Sobejano y su hijo. Aquellas y estas en homenaje a la Virgen de la Fuensanta: Creer es querer creer. Y el mayor testimonio de esa fe es la palabra de un hijo a su madre.

En un cordial e ingenioso retrato de mi padre, el vibrante pintor murciano Luis Garay, que señalaba entre otros rasgos de aquel su rostro de sacerdote, su afición a los toros, su simpático desaliño personal y sus ojos «caídos, como cansados», reveladores de «un alma inmensa de Gran Poeta», después de reconocer su función de «introducido de todas las misiones intelectuales o artísticas que llegan a Murcia», agregaba: «Todos los años espero sus versos en la página extraordinaria que el diario murciano *La Verdad* le dedica a la Virgen de la Fuensanta el día de la romería al monte, todos los años cumple puntualmente su ofrenda con la más fina fragancia de su corazón».

Nadie mejor que quien os habla puede confirmar la abundancia y la perseverancia de esa anual ofrenda. Repasando un álbum donde mi padre guardaba escritos suyos, en verso y en prosa, publicados e inéditos, he releído estos textos y he aprendido en ellos mucho de la verdad, de la bondad y de la belleza que exhalaban. En sabiduría humanista y resplandor verbal, y, sobre todo, en emoción sincera de

auténtico creyente, son insuperables. Dar aquí siquiera una parva muestra de ese caudal demandaría un tiempo del que no disponemos.

Me limito a una reflexión y a un recuerdo.

Con seguridad, Andrés Sobejano veía en la Virgen de la Fuensanta a la madre de Dios, a la madre de los murcianos, y simbólicamente, a su madre, a su amada, a sus hijas. Allá por 1952, estando yo –todavía solitario– en Heidelberg, me pidió un poema a esa virgen nuestra. Yo escribí siete liras a la Fuensanta solo para que le gustaran a él, que las publicó en un periódico de la ciudad con el sobretítulo de «Homenaje de un murciano ausente». En aquellas liras, que iba yo recitando en mi mente mientras caminaba hacia el puente viejo de Heidelberg, cantado por Hölderlin con mágico equilibrio, pedía yo a la Fuensanta («Rosamadre de oro») que amparase a su hijo para que no se perdiera en la sombra, y me parecía a mí reconocer en aquel puente de Heidelberg el murciano puente de los Peligros, por donde todos los años pasaba, y también lo hizo ayer, la Virgen en su visita del campo a la ciudad un jueves y en su despedida de la ciudad al monte, un martes. Y veía yo en el nombre de este puente de Murcia la imagen del tránsito de la vida:

Apiádate, Señora,
de Dios mística urna,
ramo perenne, luminaria plena,
esquife abriendo aurora
a esa onda nocturna
que bajo el puente de la vida suena.

Amigos hermanos: Salud, trabajo y recreo, amor y esperanza.

